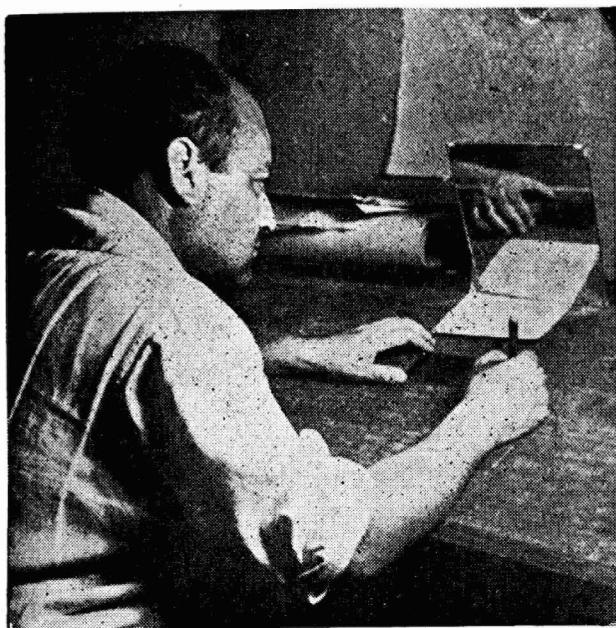


LA ESCUELA DE LAS ARTES DEL LIBRO

Por Antonio Acevedo Escobedo

EN la Galería Universitaria acondicionada en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de México se dió albergue a una Exposición de la Escuela de las Artes del Libro, plantel que funciona bajo los auspicios de la Secretaría de Educación Pública.

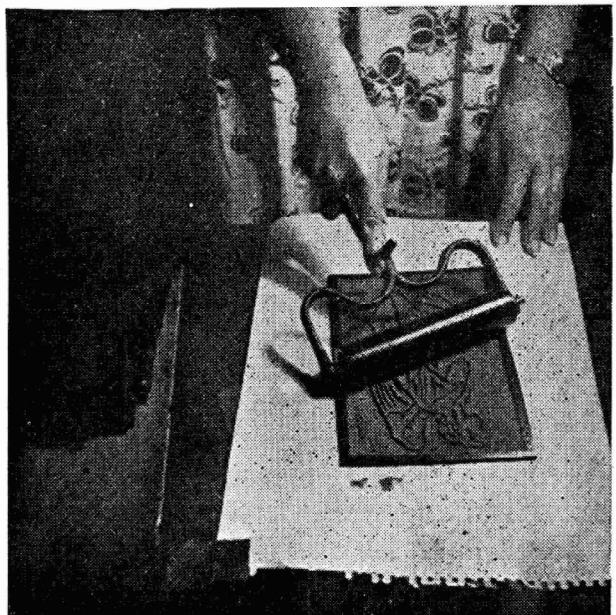
Se exhibieron valiosas muestras que corresponden a las muy variadas disciplinas en que se divide la elaboración consciente, impecable, de uno de los elementos culminantes de la cultura humana: el libro. Alternaron ahí, por lo tanto, grabados, dibujos, maquetas, encuadernaciones, diseños de todo orden, etcétera, sin faltar esa hija digamos científica de la tipografía —la publicidad— que en algo así como veinticinco años se ha afinado hasta la categoría del arte.



Cuatro lustros después de la conquista de México, y por primera vez en el continente americano, instala aquí la imprenta el italiano Juan Pablos, en 1539. Ese fué el punto de arranque, porque toda la centuria del XVI se convierte en un gran siglo de artesanía tipográfica, merced a la aptitud de los maestros que abrieron taller y dieron a luz espléndidos impresos: Antonio de Espinosa, Pedro Ballí, Antonio Ricardo, Pedro Ocharte...

Toda esa producción, caracterizada por la belleza de los logros, constituye lo que da en llamarse *incunables americanos*, especie codiciadísima entre los bibliógrafos.

Durante el resto de la etapa colonial, la imprenta en México se limita a seguir de cerca la inspiración de los libros europeos, especialmente los que se editan en Madrid y las capitales españolas. Pero en el siglo XIX, después de nuestra independencia política y en plena efervescencia romántica, se registra aquí un florecimiento memorable. Las imprentas de Cumplido, Rafael y Rafael, Lara, García Torres, Galván, etcétera, se traban en un torneo tácito cuyas armas vienen a ser las orlas, la pulcritud de los ajustes, la nitidez de la impresión, la suma delicadeza en las combinaciones de tipos y adornos. Ese ciclo marca un momento peculiarísimo en la historia de la tipografía nacional, y en 1935 Enrique Fernández Ledesma, enamorado de las artes gráficas, lo fijó en un libro que corrió con ancha fortuna.



Estos antecedentes históricos, en los que se citan fugazmente los hechos en que se asienta la excepcional tradición de nuestro país en materia tipográfica, imponen a México la exigencia de acrecentarla sin descanso, ciñéndola por supuesto a las normas de otra época y otra sensibilidad: la presente.

Desde hace tres lustros lo menos, un grabador y pintor de justo renombre, Francisco Díaz de León, en quien desde la infancia ejercieron fascinación el libro y la letra, se propuso librar la batalla por conseguir que se estableciera un plantel donde, a base de orientaciones profesionales, se adiestrase o perfeccionase al elemento humano que entre nosotros despliega sus habilidades en torno a las distintas ramas de la tipografía.

El fruto de su apasionada insistencia, de sus gestiones perseverantes, se hallan ante nosotros: la Escuela de las Artes del Libro funciona desde 1938. Poco a poco, a medida que se vencía esta o la otra resistencia, se vino ampliando el repertorio de materias pedagógicas que en ella se imparten.

En un principio, el plantel se limitó a clases demasiado elementales. Posteriormente, la práctica hizo ver que el buen gusto de artesanos como los que allí concurrían, debería cultivarse con lecciones de historia del arte, historia del libro, castellano, inglés, francés, dibujo, etcétera. Todo esto se vincula íntimamente con una actividad como la tipográfica, donde se compendian a su turno las líneas, el color, la poesía, todo cuanto hay de armonioso.

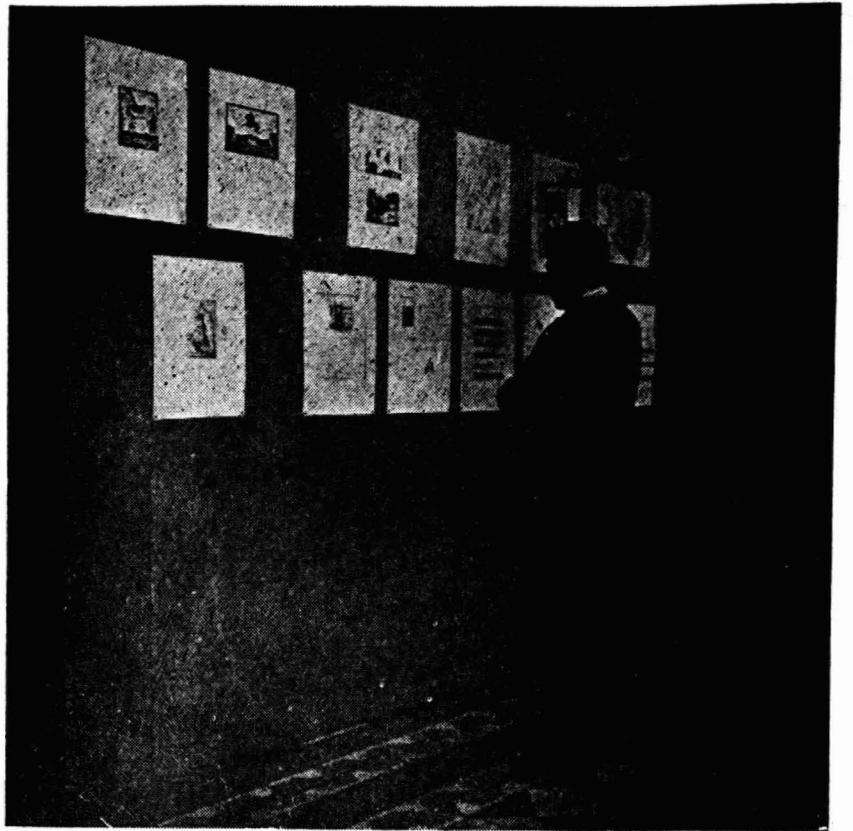
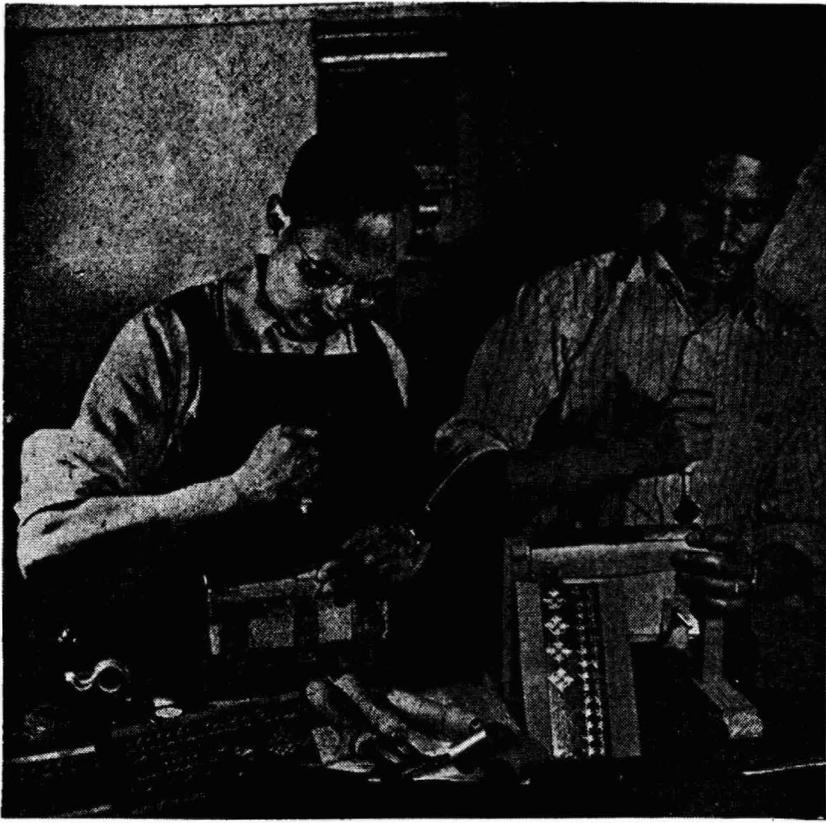


Alumnos de la Carrera de Ediciones haciendo prácticas de composición manual tipográfica.

El grabador Abelardo Avila, quien, como otros muchos artistas nacionales y extranjeros, encuentra en la Escuela un clima agradable para su trabajo.

La gráfica muestra con claridad la manera común de entintar un grabado en relieve.

Una alumna de grabado en la tarea de cortar...



Es un grato espectáculo ver la Escuela de las Artes del Libro en plena actividad. Su asistencia escolar es nutrida y se reparte en numerosas aulas. Concurren adolescentes y adultos de uno y otro sexo y abundan los operarios que, al concluir sus labores en algún taller de imprenta, acuden a perfeccionar sus aptitudes en las respectivas especialidades.

En la clase de grabado, la diversa inspiración de los alumnos depara resultados plásticos de lo más opuesto. En la de materias editoriales, se pone a prueba el instinto —certero o titubeante— de quienes han de repartir los blancos y los negros en la composición de una página equilibrada. En la encuadernación se emprenden las más audaces tentativas, cuyos escollos se van salvando a fuerza de finura. En la clase de corrección tipográfica se les enseña a ejercitar los ojos en la captura de las erratas, esos eternos duendecillos endemoniados que son enemigos tradicionales de la imprenta, y otros muchos menesteres indispensables a la revisión concienzuda de las pruebas.

Por supuesto que la divisa esencial para adiestrar a los alumnos en tan diversas actividades, consiste en darles nociones elementales de lo bello y lo reproducible en el campo de la estética.

Saben, así, de la evolución del libro y las ideas artísticas; las tendencias que animaron a los punzonistas de todas las épocas, que dieron su corte característico a tipos como los Caslon, Bodoni, Garamond, Elzevir, Benedictine, Baskerville; las distintas etapas en que el arte de imprimir llegó a límites de exquisitez, y por qué causas; qué elementos pueden combinarse atinadamente con otros, etcétera.

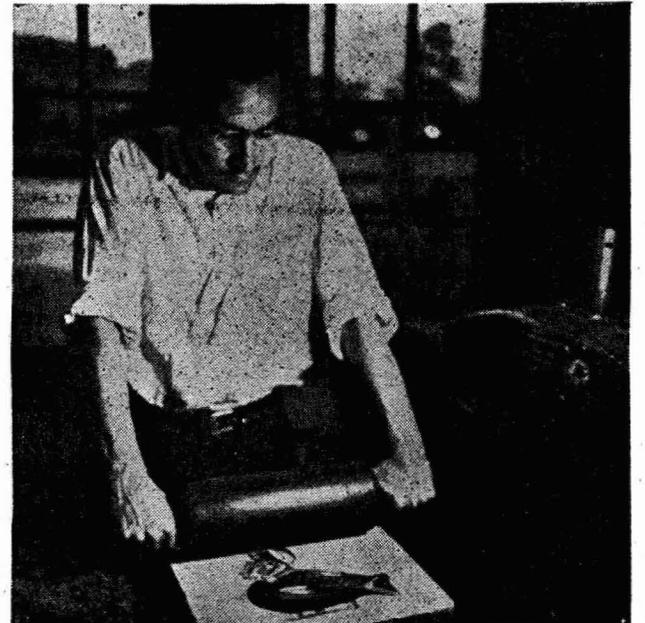
La Galería Universitaria de la Biblioteca Nacional de México, al exhibir tantos y tan variados testimonios de la fecunda labor que despliega la Escuela de las Artes del Libro, reflejó un esfuerzo pedagógico sumamente novedoso entre nosotros.

La tipografía no es un arte estático, encerrado en premisas inflexibles. Continuamente desenvuelve posibilidades no previstas, nuevas orientaciones vienen a rejuvenecerla sin daño de su incomparable dignidad clásica. En ella se refugian múltiples voluntades creadoras, sometidas como pocas a una exigencia de rigor y precisión. De ahí su seductor atractivo. De ahí su nobleza. Y de ahí, también, el deber de difundir su práctica amorosa entre el mayor número de artesanos, con una alegre decisión de hacer las cosas bien hechas, a conciencia.

Francisco Díaz de León, animador incansable de esta faena de dignificación de las artes gráficas en México, merece los más encendidos parabienes. Los frutos de su diligencia los tenemos a la vista. Pero quedan en la sombra años de lucha sin estímulo, así como desvelos y sacrificios. La historia de la cultura nacional ha de reconocerle con amplitud esos merecimientos, en algún tiempo futuro.

Aplicar el oro en la encuadernación artística requiere una práctica larga. Aquí, dos alumnos hacen diversos ensayos.

Un visitante a la exposición de la Escuela en la Galería Universitaria, observa atentamente los trabajos de la Carrera de Ediciones.



Este rodillo provisto con tinta grasa, sirve para entintar el dibujo que el alumno ha hecho en la piedra litográfica.

Maestro del primer año de la Carrera de Encuadernación, resolviendo la consulta de sus alumnos.

